

## UN CONGRESO MUNDIAL DE FILOSOFIA CRISTIANA EN EL CENTENARIO DE LA E. "AETERNI PATRIS"

No todo son noticias sombrías sobre acontecimientos negativos, luchas o confusiones ideológicas, desviaciones doctrinales o de la vida religiosa en el mundo católico de hoy. Los que hemos asistido, invitados, a la magna concentración de filósofos cristianos, que voy a referir brevemente, nos hemos llenado de gozo y esperanza ante el pujante florecimiento de una auténtica cultura cristiana en los pueblos de América del Sur.

Signo preclaro de este resurgir cultural ha sido el reciente Congreso internacional de Filosofía cristiana (llamado con legítimo orgullo por sus promotores «Congreso mundial»), cuyas sesiones de estudio tuvieron lugar en la semana 21-28 de octubre pasado en Embalse, un complejo hotelero cercano a la ciudad de Córdoba, la segunda (y españolísima) gran urbe de la República Argentina. Fue convocada por la «Sociedad Católica Argentina de Filosofía» en colaboración con la «Asociación Católica Iberoamericana de Filosofía» y la «Sociedad internacional tomista» de Roma, bajo los auspicios del episcopado argentino y con el apoyo del Gobierno y Aerolíneas Argentinas.

Al frente de la comisión organizadora se encontraba el insigne filósofo monseñor Octavio N. Derisi, obispo auxiliar de Buenos Aires y rector de su Universidad católica; y era presidente de la comisión ejecutiva el activo organizador doctor Alberto Caturelli, filósofo profundamente cristiano, profesor de la Universidad nacional de Córdoba y alma del Congreso.

El Congreso se reunía para celebrar el centenario de la encíclica *Aeterni Patris* de León XIII (4-8-1879). Fue la primera conmemoración de este histórico documento, al que van a seguir solemne celebración en este noviembre en Roma, otro Congreso, también en Roma, el año próximo y diversos actos en otros centros católicos. La encíclica lleva por subtítulo: «Sobre la restauración de la filosofía cristiana». Y sabido es que esta encíclica constituye una magnífica exaltación y aprobación de la doctrina filosófica de Santo Tomás de Aquino, como «príncipe y maestro de todos los doctores escolásticos», con una insistente recomendación a las escuelas católicas a seguir su

sistema coherente de todas las verdades filosóficas, exponente máximo e integrador de la sabiduría cristiana que los Padres y doctores católicos han reunido en el correr de los siglos y que en lo sucesivo éstos deben sostener y desarrollar como síntesis de la sabiduría humana en armonía con la verdad revelada.

Con esta encíclica y subsiguientes documentos promovió León XIII un movimiento de restauración de la filosofía del Doctor Angélico, el neotomismo, que se cultivó y difundió con brillantez en el mundo católico. El concepto de filosofía cristiana viene así a confluír y confundirse sustancialmente con la renovada filosofía tomista, depurada de las adherencias de la ciencia natural antigua y abierta a todas las aportaciones del pensamiento que estén conformes con la revelación. Bien lo entendieron de este modo los dirigentes y participantes del Congreso de Córdoba, que en su inmensa mayoría enfocaron y expusieron sus temas de estudio desde los principios de la doctrina tomista, sin que faltaran otros matices del pensar cristiano, agustinianos, lulianos, rosminianos, etc.

Los organizadores contaban en su convocatoria con unos trescientos asistentes. La cifra se rebasó ampliamente, llegando a 640 el número de «congresales» (así los llamaban), participantes en la magna asamblea intelectual; cifra raramente superada en una convocatoria de esta índole científica. Y la «internacionalidad» (y hasta mundialidad) del Congreso se conseguía plenamente. Los miembros más numerosos eran, como es obvio, los autóctonos: profesores de filosofía venidos de las ciudades universitarias de la República argentina, sobre todo de las múltiples universidades católicas privadas existentes en el país, se dieron cita allí con el ansia de intercambiar experiencias con sus colegas foráneos y de profundizar y ampliar sus conocimientos filosóficos. Junto a ellos, los grupos más nutridos procedían de las también universidades católicas de Brasil, Chile y México, algunos también de Uruguay, Perú, Venezuela, Ecuador, no faltando tampoco profesores de sus universidades nacionales.

Fuera del mundo latino-americano, acudieron al Congreso ilustres representantes de las universidades de Estados Unidos, alguno también del Canadá. La representación de los centros intelectuales europeos fue, asimismo, numerosa. El principal grupo lo constituían filósofos venidos de Italia, eclesiásticos y seculares, figuras todas bien conocidas. Nuestro grupo español de invitados, con los profesores Angel González Alvarez, Antonio Millán Puelles y Valentín Yebra, y los dominicos Abelardo Lobato, Victorino Rodríguez y el que suscribe, fue muy reducido. Asistieron, asimismo, profesores venidos de Francia, Bélgica, Alemania y Polonia, notándose la ausencia de

otros muchos que enviaron su adhesión y comunicaciones, sin poder estar presentes por lo costoso de los viajes. La nota ecuménica la ponían el rector de la Universidad de Atenas, E. Mouisopoulos, con el prelado monseñor Gheorghiu, ambos simpatizantes del pensamiento tomista.

Un aspecto dinámico y alegre lo daban los grupos de estudiantes de filosofía venidos de las universidades católicas de Buenos Aires y de los centros intelectuales de Córdoba, que manifestaban un entusiasta afán de formarse en la filosofía cristiana y tomista no sólo con la asistencia atenta a las sesiones de conferencias y exposiciones, sino también organizando frecuentes convivencias y charlas con los distintos profesores, rodeando e interrogando a los mismos (especialmente a nosotros los españoles) sobre problemas, publicaciones y corrientes de pensamiento dentro del mundo católico. Con ello delataban bien a las claras su intensa preocupación por los estudios e información en una sana filosofía.

Sobre el contenido doctrinal de los trabajos presentados, no es posible dar una idea, ni siquiera mención, en breve espacio. La riqueza y variedad de los temas tratados sólo podrá conocerse cuando sea publicado el enorme acervo de ponencias y comunicaciones en las Actas del Congreso, que el infatigable director, doctor Caturelli, se dispone a editar en breve. El programa propuesto abarcaba la temática general de las disciplinas filosóficas, analizadas desde un enfoque cristiano, con referencia especial a los problemas actuales y en contraste crítico con los errores de nuestro tiempo. El temario se desarrollaba, según la práctica común, en las sesiones plenarias de la mañana y en tres sesiones o secciones especiales de la tarde, comprendiendo cada una larga serie de ponencias y comunicaciones con sus respectivas discusiones. Faltó, sin embargo, espacio y algunos participantes se lamentaron de no haber podido dar cuenta de sus comunicaciones.

El interés primero lo ocupó la concepción de la filosofía cristiana, sus implicaciones en la existencia del hombre cristiano, las relaciones entre lo natural y sobrenatural, su mutua distinción e integración de ambos órdenes en el saber cristiano. Frente a algunos conatos de excesivo sobrenaturalismo, se imponía la doctrina aquiniana de la autonomía de la verdad filosófica en su propio campo de investigación racional. La filosofía cristiana es sustancialmente la misma filosofía de la razón natural, rectificadas y depuradas de errores incompatibles con la fe, mediante la iluminación extrínseca de la revelación en el filósofo creyente, que conforta el vigor de su razón y le orienta y enriquece con sus luces para la captación de la

verdad natural íntegra, preservándola de falsas desviaciones. Así se configura la filosofía cristiana, históricamente, como la verdadera y perenne filosofía de la razón humana, integradora de todas las aportaciones de un pensar racional sano y recto.

Una atención preferente mereció en el Congreso el tema metafísico en su dimensión más propia de ontología. El interés con que se escuchaban las numerosas comunicaciones sobre la filosofía del ser, la analogía, la fundamentación metafísica de la Trascendencia, expuestas con rigor, delataba en los oyentes el deseo de un conocimiento más hondo de estos problemas, de una formación sólida en la alta filosofía tomista para superar el vacío ontológico dejado por las nuevas ideologías del subjetivismo immanentista y empirista. La sana filosofía cristiana tiene por clima propio el realismo ontológico del sistema de Santo Tomás, pues, como proclamaba el profesor de Varsovia, S. Swiezawski, conocido campeón del tomismo desde los tiempos del Concilio, «la traición al realismo es una traición al cristianismo». Por esto mismo fueron agudas y enérgicas las críticas que se expusieron a dichas filosofías immanentistas y empiristas, raíz y fuente de las desviaciones del pensamiento moderno hacia el agnosticismo e incluso el ateísmo. Destacó, sobre todo, la sesión dedicada al examen de la filosofía analítica y el positivismo lógico. Eminentes profesores, muy versados en las técnicas de la lógica, pusieron de relieve la incapacidad radical de este movimiento de análisis lógico y lingüístico para acceder al campo ontológico de la metafísica, tachándolo de puro nominalismo y extrema pobreza filosófica.

El Congreso prosiguió con el estudio y discusión de diversos temas de ética, derecho y política. El rechazo global del marxismo y sus infiltraciones pseudocristianas en la teología de la liberación era significativo en aquella asamblea de filósofos de profunda fe cristiana que han vivido de cerca en sus países la subversión revolucionaria. Por otra parte, fue muy relevante la participación de filósofos juristas provenientes de las facultades nacionales de Derecho, que defendían unánimes la vigencia íntegra del derecho natural frente al positivismo de las actuales democracias, cuyas normas deben ser base de la ordenación jurídica de los Estados y principio de toda legislación positiva.

Todavía los desarrollos postreros del Congreso fueron dedicados a los temas, tan propios de una filosofía cristiana, de la contemplación, de la acción, el trabajo y la técnica, la creación artística, la filosofía de la educación y hasta de la formación del sacerdocio en una sólida cultura cristiana.

La presencia de Santo Tomás, con sus doctrinas y textos, era do-

minante en el conjunto de las lecciones y discusiones del Congreso, conforme a la consigna y orientación de la *Aeterni Patris*. Por eso la sesión final era dedicada a exaltar la figura del *Doctor communis* de la filosofía cristiana y perenne, con tres conferencias debidas a los profesores Joseph de Finance, Victorino Rodríguez y Mons. Adolfo Tortolo, Obispo de Paraná, que presentaron al Angélico como modelo de creatividad filosófica y santidad de vida. Y se añadieron sendas lecturas de homenaje a tres filósofos cristianos: E. Gilson, cuyas obras tanto influyen en la formación del tomismo sudamericano; F. M. Sciacca, muy amado y leído en aquellos países, y Sixto Terán, un pionero del pensamiento cristiano en Argentina. Cerró el Congreso la relación de clausura del presidente, A. Caturelli, glosando con excepcional profundidad el lema pontificio: *Vetera novis augere et perficere*, que ha de servir, dijo, como conclusión a extraerse de la intensa actividad de elevados estudios y trabajos del Congreso, que fue coronado por solemne celebración eucarística con participación de todos los asambleístas.

Es sorprendente y significativo que la primera conmemoración del centenario de la *Aeterni Patris* se haya llevado a cabo en el interior de la pampa argentina y del continente sudamericano con asistencia tan masiva de filósofos del viejo y nuevo mundo. Los que hemos tenido el gozo de tomar parte en él hemos admirado la amplitud e intensidad del estudio filosófico en aquellos países, la multiplicidad de centros universitarios católicos en que una gran masa de profesores se afana en el estudio serio y elevado de la filosofía, bebida en sus mejores fuentes del tomismo, y se esfuerza por impartirlo a sus oyentes como núcleo primordial de su cultura católica y medio para no contaminarse en las falsas ideologías que presionan por doquier. Surgía espontáneo en nosotros un optimismo esperanzador. De estos Centros católicos americanos puede brotar una nueva restauración tomista, de la perenne filosofía de Santo Tomás «que la Iglesia ha hecho suya» (Pablo VI), firme apoyo y baluarte de su fe y teología, cuando en el viejo y supercivilizado continente europeo, contaminado por toda clase de desvaríos del pensamiento, se halla en franca recesión y olvido.

Porque Iberoamérica es el único continente católico del mundo, esperanza de la Iglesia para el futuro inmediato, como les ha dicho Juan Pablo II, y fermento muy activo del pensamiento católico. O, como decía también a esos grupos representativos el llorado M. F. Sciacca: «Vosotros sois la reserva espiritual de la cultura de occidente».

TRÓFILO URDÁNOZ